

Carpeta 106.2: Radicalismo en el gobierno (en Francia, etc.) artículo de Alvaro de -
Albornoz en "Hispania" julio de 1908:

1 recorte prensa 1908

C. 105

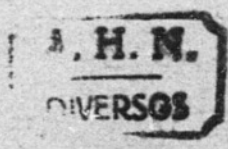
**A. H. N.
HUESCA**

*Radicalismo en el Gobierno.
(en Francia, etc.)*

*art. de Moore de Albornoz en "Higayana"
Julio de 908.*



106. 21.



...OS + FAMILIAR

Lérida 24 de Julio de 1908.

ADVERTENCIAS

se devuelven los originales. * El director no responde de los trabajos que firman sus autores, aunque sea pseudónimos. * La correspondencia al Director.

Primero es Gambetta, el rival del mediocre Thiers; Gambetta, que en 1869 acepta el programa famoso de Belleville, en el cual figura ya la separación de la Iglesia y del Estado; Gambetta, que al frente de noventa diputados radicales, pronuncia el 4 de Mayo de 1877 su frase célebre: *Le clericalisme soit l'ennemi*.

Después es Clemenceau, cuando Gambetta, sintiendo las responsabilidades del Gobierno, se declara oportunista y califica a los radicales de impacientes y temerarios. A la fórmula de Thiers: «La República será conservadora ó no será», oponen los radicales la de Weiss: *La République conservatrice, c'est une betise*. La Justicia, órgano del partido radical, define el nuevo radicalismo como una protesta contra la política de aplazamientos que Gambetta había llamado antes política de las decepciones. Es tremolada de nuevo la vieja bandera, el programa de 1869, el programa de Belleville. Con este programa entran en la Cámara en 1881 cuarenta diputados radicales, número que después fué aumentando. Y cuando Ferry dice a los intransigentes que son «el partido de la agitación y del desorden», Clemenceau le responde repitiendo las frases de Naket: «La República es la inestabilidad perpetua», y añade: «lo que vosotros llamáis agitación es el orden; lo que llamáis paz, el desorden. No hay reposo para los pueblos libres. El reposo es una idea monárquica».

Surge luego el partido socialista y los radicales pactan con él alianza. Mientras los republicanos de gobierno se constituyen en

republicanos de gobierno se constituyen en un gran partido de conservación social, según la fórmula de Dupuy, Globet, en nombre de los radicales, redacta el manifiesto de 28 de 1891, que firman con él Lockroy, Sarrién, Reytra y Millerand. En dicho manifiesto, á fin de realizar las reformas sociales que impone nuestro tiempo, se reclamó el concurso de todos los republicanos, de todos los socialistas, y por atrevidas que puedan parecer sus teorías y por lejana que esté su realización. Bajo este nuevo impulso y como una concesión al partido radical, se constituye en 1895 el ministerio Bourgeois, el primer ministerio exclusivamente radical de la República. Tras éste, que cae pronto, se alza el gobierno reaccionario de Méline, que dura dos años; pero los radicales, apoyados por los socialistas, triunfan en los comicios, y al ministerio reaccionario de Méline sucede el radical de Brisson, que abre el camino á la revisión del proceso Dreyfus. Un pequeño paréntesis; la larga etapa del mando de Dupuy, que pretende detener la verdad en su marcha, y los radicales se apoderan definitivamente de la República.

Es así como se llega á los gobiernos de Waldeck Rousseau, de Combes, de Clemenceau. Sin el estímulo, sin el impulso, sin la agitación constante del partido radical, la República no sólo no hubiera hecho nada, gobernada por infecundas, estériles, impotentes concentraciones, sino que se habría inclinado, del lado de la derecha, concluyendo por perecer á manos de los reaccionarios. El partido radical fué el salvador de Francia y de la República. El llevó á cabo la gran obra de nacionalizar el socialismo, incorporándolo á la gobernación del Estado. El inauguró la era de los ministros socialistas, que llevan á la República, en su lucha contra todas las reacciones desatadas, la fuerza enorme del proletariado revolucionario.

Por qué no nos preguntamos: ¿qué hicieron, en cambio, los prudentes, los moderados, los liberales belgas? ¿Y qué hicieron los liberales de Italia, con sus pandillas y grupos, con sus infinitas y eternas combinazioni? ¿Y qué hicieron los liberales alemanes con su necio temor al fantasma rojo, sino condenar al socialismo á una labor estéril, apartándolo de los organismos de gobierno y reduciéndolo á una oposición todo lo entusiasmada y tenaz que se quiere, pero platónica?

el programa de Belleville. Con este programa entran en la Cámara en 1881 cuarenta diputados radicales, número que después fué aumentando. Y cuando Ferry dice á los intransigentes que son «el partido de la agitación y del desorden», Clemenceau le responde repitiendo las frases de Nakt: «La República es la inestabilidad perpetua», y añade: «lo que vosotros llamáis agitación es el orden; lo que llamáis paz, el desorden. No hay reposo para los pueblos libres. El reposo es una idea monárquica».

Surge luego el partido socialista y los radicales pactan con él alianza. Mientras los republicanos de gobierno se constituyen en un gran partido de conservación social, según la fórmula de Dupuy, Globet, en nombre de los radicales, redacta el manifiesto de 28 de 1891, que firman con él Lockroy, Sarrién, Reytral y Millerand. En dicho manifiesto, á fin de realizar las reformas sociales que impone nuestro tiempo, se reclamó el concurso de todos los republicanos, de todos los socialistas, «pon atrevidas que puedan parecer sus teorías y por lejana que esté su realización». Bajo este nuevo impulso y como una concesión al partido radical, se constituye en 1895 el ministerio Bourgeois, el primer ministerio exclusivamente radical de la República. Tras éste, que cae pronto, se alza el gobierno reaccionario de Méline, que dura dos años; pero los radicales, apoyados por los socialistas, triunfan en los comicios, y al ministerio reaccionario de Méline sucede el radical de Brisson, que abre el camino á la revisión del proceso Dreyfus. Un pequeño paréntesis, la larga etapa del mando de Dupuy, que pretende detener «la verdad en marcha», y los radicales se apoderan definitivamente de la República.

Es así como se llega á los gobiernos de Waldeck Rousseau, de Combes, de Clemenceau. Sin el estímulo, sin el impulso, sin la agitación constante del partido radical, la República no sólo no hubiera hecho nada, gobernada por infecundas y estériles, impotentes concentraciones, sino que se habría inclinado, del lado de la derecha, concluyendo por perecer á manos de los reaccionarios. El partido radical fué el salvador de Francia y de la República. El llevó á cabo la gran obra de nacionalizar el socialismo, incorporándolo á la gobernación del Estado. El inauguró la era de los ministros socialistas, que llevan á la República, en su lucha contra todas las reacciones desatadas, la fuerza enorme del proletariado revolucionario.

¿Qué hicieron, en cambio, los prudentes, moderados, liberales belgas? ¿Y qué hicieron los liberales de Italia, con sus pandillas y grupos, con sus infinitas y eternas combinaciones? ¿Y qué hicieron los liberales alemanes con su necio temor al fantasma rojo, sino condenar al socialismo á una labor estéril, apartándolo de los organismos de gobierno y reduciéndolo á una oposición todo lo entusiasmada y tenaz que se quiere, pero platónica?

El radicalismo

Aquí tenéis — se nos dice á los radicales — para que moderemos nuestra impaciencia — aquí tenéis á Francia, que para llegar á la separación de la Iglesia y del Estado é incorporarlo al socialismo á la vida del Estado nacional necesitó treinta años de República.

Es verdad. Lo primero fué la República. Hubo que defenderla, que afirmarla. Corrió tremendos peligros, atravesó crisis tremendas. Tras la asechanza de Mac-Mahon vino la aventura loca de Boulanger; tras el escándalo del Panamá surgió *l'affaire Dreyfus*. La República salió triunfante de tan duras pruebas. Los republicanos todos, rivalizando en patriotismo, acudieron á defenderla como un sólo hombre. El supremo interés nacional, que era el interés universal, mundial, de la democracia y de la civilización, se sobrepuso á todo otro interés político.

Pero el espíritu radical agitó constantemente la política francesa, impulsándola hacia las soluciones de la democracia integral. Los radicalismos de los últimos gobiernos están ya en el programa formulado bajo el Imperio por Julio Simón.

Hispania (Leida) 24 Nov 903

En vano se nos ofrece el ejemplo de Francia para que depongamos nuestra intransigencia. El nos fortifica en nuestra convicción de que lo que aquí hace falta es una extrema izquierda, un gran partido radical. Esa extrema izquierda, ese gran partido radical es la condición *sine qua non* de una izquierda moderada, gubernamental, que pueda hacer obra fecunda en el poder ó en las fronteras del poder. No es confundiendo su personalidad con la de otros partidos, y mucho menos aplaudiendo á Santiago Alba y conde de Romanones en los mítins como puede ser útil á la libertad y á la patria el partido republicano español. Es siendo un gran partido de protesta, que agite constantemente, con el soplo fuerte de las grandes soluciones radicales, el inmenso mar muerto de la política española.

ALVARO DE ALBORNOZ.

Para HISPANIA

Las dos juventudes

Sobre este tema han escrito trabajos notabilísimos hombres del temple y de la valía de Blasco Ibañez y de Dicenta, á quienes no pretendo imitar, de no ser en la idea y en la intención.

No hace muchos días, que desde los troneras de «El Progreso» de Barcelona, el padre Ferrándiz vomitaba metralla literaria contra la juventud de imbéciles, de papagayos y de teorizantes que á diario abandonan las Universidades españolas, llevando en sus caras enjutas, el sello de su decadencia espiritual é intelectual.

Creo pues el momento oportuno, á la vez que para combatir una juventud estúpida y convencional, de adolescentes que necesitan de los consejos de los viejos para existir; para cantar mi juventud, una juventud independiente, integrada por hombres que discurren, que se acaloren y que gesticulen, que sientan y expresen el ideal, que den puñetas en la mesa y hablen fuerte, como gente que piensa y no acepta una cosa sin haber pasado por los múltiples alambiques de aquel laboratorio, de donde saldrá la sociedad del porvenir.

Antes que nada somos hombres, conten

El radicalismo

Ahi tenéis—se nos dice á los radicales—

para que moderemos nuestra impaciencia—

ahi tenéis á Francia, que para llegar á la se-

paración de la Iglesia y del Estado, é incorpo-

rar el socialismo á la vida del Estado nacio-

nal necesitó treinta años de Republicana

Es verdad. Lo primero fue la Republica.

Hubo que defenderla, que afirmarla. Corrió

tremendos peligros, á través crisis tremen-

das. Tras la asechanza de Mac-Mahon vino

la aventura loca de Boulanger, tras el escan-

dalo del Panamá surgió *l'affaire Dreyfus*. La

Republica salió triunfante de tan duras pre-

bas. Los republicanos todos, rivalizando en

patriotismo, acudieron á defenderla como un

solo hombre. El supremo interés nacional,

que era el interés universal, mundial, de la

democracia y de la civilización, se sobrepuso

á todo otro interés político. Acute ángeles si

los Pero el espíritu radical agitó constante-

mente la política francesa, impulsándola ha-

cia las soluciones de la democracia integral.

Los radicalismos de los últimos gobiernos es-

tan ya en el programa formulado bajo el Im-

perio por Julio Simon.

que nunca somos nombres, contem-
plamos con lástima esa legión de vencidos
atarrados á la fórmula probiosa del pasado.
Nos apena el ver todo ese rebaño de carne
moza, sujeta á la dirección espiritual de
á cualquier padre, como si al nacer no lleva-
ramos en sí otra misión á realizar que la de
dejarse guiar por sus mayores en yerros, tor-
pezas é ignorancia, cual aquella planta que
carece de la savia necesaria para crearse vi-
vida propia.
Esos pobres, vegetan en este mundo, sin
conocer la satisfacción que produce el de-
mostrar opiniones, y el sentir rebeldías.
Oprimido su cerebro por la buena madre
y el cura, no saben ser hombres, y apenas
sirven para instrumentos de los otros.
Atemorizados, privados de libertad desde
la infancia, codeándose de continuo con la recu-
pense, aprenden á ser hipócritas; su co-
razón despojado de todo sentimiento humani-
tario, es dura roca, contra la que se estrellan
sin consuelo todos los dolores y todas las ad-
versidades.

Dos juventudes! ¡Que desconsolador! A un
lado los que luchamos, los que tenemos con-
ciencia de nuestra personalidad, los que ins-
piramos nuestros actos en la verdadera mo-
ral, la no prostituida por el cristianismo; los
que nos movemos á impulsos de una idea de
justicia, y aspiramos á la redención de un
mundo de esclavos. Al otro, los que sólo se
mueven al latigazo de su negrero espiritual,
los cobardes sin energías ni corazón, los je-
suitas de mañana, los impotentes y castrados
para las grandes concepciones sociológicas y
filosóficas.
Esto, matará aquello, ha dicho Victor
Hugo aludiendo á la escuela y la iglesia. Y
á nosotros aplicando esta frase del gran cons-
tructor de conciencias, á nuestro tema, decí-
mos: esta juventud matará aquella.

Por que nosotros somos, juventud y rebel-
dia, arrogancia é impulso, amor y odio, ca-
beza y brazo, revolución y fuente de vida;
porque en todas estas grandes empresas de
los pueblos contra la tiranía, del progreso
contra la teocracia, de la naturaleza contra
lo desconocido, siempre fué la victoria de los
que amaron, de los que guerrearon, de los
que pelearon siempre en primera fila, esto es
de la juventud que yo admiro y á la que creo
pertener.

Como consecuencia de la pavorosa maso-
nización roja, se acrecienta la pavorosa maso-
nería negra y como secuela el movimiento
regionalista, mas tarde nacionalista, vergon-
zosamente separatista, y por último el nefan-
do conglomerado Solidaridad. Morgades en lo
religioso, Polavieja en lo militar, Robert en lo
político y Maura desde las esferas del poder,
son los incubadores del descaje democrático.
En Cataluña, Robert nos canta, como á
buen canario, las maravillas de nuestro pri-
vilegiado cráneo, cosa ridícula que en otro
país más modesto ó más instruido le relega-
ría á su clínica, pero que en el nuestro le produce
prestigio, consideración y gratitud por parte
de la fantochería industrial.

La lucha entre la tradición y el progreso
entre el fanatismo religioso y oligarca y el
pueblo se acentúa. A la pérdida de las colo-
nias sucede una invasión frailuna dispuesta
á amortajarnos, y como lógica consecuencia
brota el bizkaitarrismo en el Norte y el na-
cionalismo en Cataluña. La prensa afecta
la patria chica, consigna el proyecto de res-
taurar el absolutismo en Cataluña para con-
vertirla en Estado Pontificio, bien con don
Carlos ó con república teocrática y al olo-
del festín, acuden á España bandadas de frai-
les y jesuitas al acécho de zamparse los res-
tos de una patria que agoniza. Y por lo qu